

suavidad de la versificación y la tersura del estilo hacen muy apacible la lectura de este tratadillo, que con más substancia filosófica pertenece todavía á la larga familia de las disputaciones entre el alma y el cuerpo, tan frecuentes en la literatura de la Edad Media. Acaba con algunas oraciones para ayudar á bien morir, y una *Canción de la Razón á la partida del ánimo* (1).

Este simpático y cristiano poeta se muestra con carácter más personal en *Las Valencianas Lamentaciones*, que son también un diálogo entre el autor dolorido y quejumbroso por la desestimación que de su libro había hecho el Conde de Oliva; y la Razón que le conforta trayéndole á la memoria los infinitos trabajos y sinsabores que cercan y atribulan al hombre en todos los estados de la vida, sin perdonar á los poderosos monarcas, ni á los caudillos invencibles, ni á los magnates opulentos, ni á los que están constituidos en los más altos grados de la jerarquía eclesiástica. De este modo la obra se convierte en un largo sermón que en algún modo recuerda el *Rimado de Palacio*, y que va, como él, entreverado de rasgos de sátira más amarga que festiva, si bien el efecto total de la obra es de resignación y conformidad con los decretos de la Providencia (2).

(1) El estribillo la da carácter popular. Empieza:

¡Ay de tí, ánimo mía!
¿Qué harás cuando viniere
Aquel temeroso día,
Si Jesu Christo dixere:
«Vete de mi compañía?»
Vivirás et morirás:
La vida para morir;
La muerte, para sentir
Las penas que sufrirás.
Nunca ternás alegría,
Ni podrás estar do fuere;
Escura será tu vía
Si Jesu Christo dixere:
«Vete de mi compañía...»

(2) El manuscrito de *Las Valencianas Lamentaciones* y de la

Intercalado en la obra hay un elogio de Gonzalo de Córdoba que tiene cierta importancia histórica, porque en él parece responder el poeta cordobés á las sos-

Partida del Anima, perteneció á la biblioteca del Conde del Águila, y se conserva ahora en la del Cabildo de Sevilla (vulgarmente llamada Colombina). Ha sido magníficamente impreso por generosa solicitud de una ilustre señora, en edición de muy corto número de ejemplares:

Las Valencianas Lamentaciones y el tratado de la *Partida del Anima*, por Juan de Narváez, con un prólogo de D. Luis Montoto y Rautenstrauch. Publicalos por primera vez la Excm. Señora Doña Maria del Rosario de Massa y Candau, de Hoyos; Sevilla, imp. de E. Rasco, 1889.

Antecede á las dos obras un largo prólogo en prosa dirigido al Gran Capitán: *Las Valencianas* tienen además una especie de introducción en verso: *Ehortacion del autor al lector*, en que sucesivamente se tratan estos puntos: *De cómo se debe leer, entender y memorar la escriptura para bien juzgarse.*—*De la gramática que observa el autor y de la perfeccion de la lengua castellana.*—*De los versos castellanos; de su buen uso, de su gravedad et utilidad.*—*De las gracias que demás de los versos los nuestros reciben de Dios.*—*De cómo se debe usar la poesia, y del daño que de ella se recibe, etc.*

Es digno de leerse algo de lo que dice en recomendación de la lengua castellana, aun en cotejo con la latina. Traslúcese en las frases de Narváez el entusiasmo que le inspiraban las grandezas de su tiempo, á vista de las cuales exclama con desmedida arrogancia:

Cuanto los hábitos son
De mayores perfecciones,
Tanto sus pronunciaciones
Son de mayor perfeccion:
Pues ¿quien la generacion
De los nuestros vence ó sobra,
Ni quién iguala á su obra
En aquesta habitacion?
Por nos cierto se ennoblescen
Artes, ciencias y exercicios:
Por nos decaen los vicios
Y las virtudes florescen:
Entre nos vemos que crescen
Los ingenios naturales:
Por nos los actos reales
Sobre todos resplandescen.

pechas de infidelidad que tan injustamente circularon contra su héroe, acusándole de querer alzarse con el reino de Nápoles, dos veces conquistado por él: «A lo

No sólo nos son tractables
Las tierras que conquistamos,
Mas los mares navegamos
Que fueron innavegables.
Pugnamos quasi impugnables.
A ninguno obedecemos,
Salvo á Dios, por quien tenemos
Las victorias memorables.
E aun si carecemos
Del mundo todo mandar,
La causa quiero callar,
Pues mostramos que podemos.
Empero si padecemos
En esto dificultad,
Desta gran prosperidad
Esperanza no perdemos...

.....
No al dulce metro hispano,
Al bético mayormente,
Sea alguno maldiziente,
Si tiene el sentido sano:
Porque Dios, bien soberano,
Segun su gran claridad,
Ya visita nuestra edad
Y nos guarda de su mano.

Ya nos da Dios que cantemos
Las gracias que nos infunde,
Y por todo el orbe cunde
Los bienes que poseemos.
A todos honra hazemos
Y todos nos pagan mal,
Ciegos de envidia mortal
Del mucho bien que tenemos.

No de nuevo en nuestras partes
Es lo que al presente cuento,
Pues antes del sacro advento
Dios nos dió gracias et artes.
Y si tales baluartes
Perdieron nuestros pecados,
Ya por Dios nos son tornados
Los pendones y estandartes.

.....
Cuanto las otras naciones
Estiman, muy al revés
Traemos yuso los pies
Como bien pequeños dones.
Y las altas perfecciones
Que no pueden alcanzar
Continuamos bien usar
Con valientes corazones...

»cual me movió (dice Narváez en el preámbulo) una
»bárbara opinión y cognoscida invidia, que de la boca
»de algunos en mis orejas et aun en mi ánima, muchas
»veces andando por estas partes, ha tocado.» Desgra-

Terminados estos prolegómenos comienzan *Las Lamentaciones*, que se dividen en dos partes, y comprenden 471 estrofas de arte menor. La primera parte trata del *estado laical*, dividido en *común, mediano, magno y real*: la segunda del *estado clerical*.

Pondremos alguna muestra del fácil y ameno estilo del autor. Véase, por ejemplo, la contraposición que hace entre los caballeros cortesanos y los soldados *comunales*:

Es la causa ver pomposos
Los caballeros nombrados,
De seda y oro chapados
Los vestidos sumptuosos:
Siempre se muestran gozosos,
En sus salas muy servidos
De manjares prevenidos
Con música deleitosa.

.....
¿Quién se puede soportar
Viendo las armas doradas,
Más famosas que aceradas,
Que buscan para se armar?
¿Qué lengua basta callar
Cosas tan desordenadas?
¿Cá las armas muy pintadas
No son para pelear.
Es el oro tal metal,
Segun todos son testigos,
Que en la lid los enemigos
Nunca dél reciben mal.
Espada, lanza y puñal
De acero, que no de arambre,
Suelen derramar la sangre
En la batalla campal.

.....
Como están los delicados
Árboles en las ciudades,
Con templadas humedades
Sostenidos y guardados,
Los caballeros nombrados
Tienen tal la propiedad
Que viven en la ciudad
Y en el campo son finados.

.....
¿Quién sufre los grandes males
En las batallas romper,
O cuáles suelen vencer,

ciadamente los versos no corresponden aquí al noble propósito del autor ni á la excelsitud del héroe, y son de los más flojos de la obra (1).

Sino aquestos comunales?
Los cuales de virtuales (1)
Las huertas y montes talan
Y contraminan y escalan
Las torres más principales.
Estos van menos armados
Y hacen más cruel guerra
Por el mar y por la tierra
Que los otros alegados:
Por aquestos son ganados
Los reinos y señoríos,
Sufriendo hambres y fríos,
De calor y sed postrados.
En estos vemos pintadas
Las historias de las guerras,
Las batallas y desferras,
Las cruizas extremadas.
Estos las piernas quebradas,
Estos los brazos cortados,
Estos son despedazados,
Sus carnes amanzilladas...

(1)

Item digo consecuyente
Quién es el Gran Capitan
A quien todos honra dan,
Honra del siglo presente;
El cual salio del Poniente,
Y con su consejo y manos
Hizo más que los romanos
En las partes del Oriente.
Cuya honra limpia et pura,
Cuya sapiencia y ley
Estima muy más su Rey
Que de otra criatura.
Este es peso y mensura
De nobleza y castidad,
De grandeza y caridad,
Dechado de fermosura.
Contra todas las naciones
Contrarias ha conquirido,
Ha fecho guerra y vencido
Las celadas y traiciones.
Ha hecho los corazones
De toda Francia temblar:
Ha bastado á derrocar
Sus altivas presunciones.
La Italia tan nombrada,

(1) Esto es, á fuer de valientes.

Verdad es que el Gran Capitán ha sido siempre poco afortunado en esto de encontrar poetas que dignamente celebrasen sus hazañas. La comedia en que Lope de Vega le sacó á las tablas no es de las mejores suyas, y la de Cañizares no es más que un plagio de la de Lope. El poema latino de Cantalicio *De bis recepta*

Mujer de muchos maridos,
Por quien tantos son perdidos,
Es por éste sojuzgada.
Cuya victoria sobrada
A Nápoles ha ganado
Dos veces, y delibrado
De Francia la memorada.
.....
Mas puesto ser otorgado
El loor que aqueste tiene,
El qual por línea le viene
De tiempo muy prolongado,
Fs de algunos sospechado,
No su magnanimidad,
Mas menguan su fieltad
Acerca de lo ganado.
Esa fama no se canta,
Antes es yerba que nasce,
La cual yo creo que pascé
Alguna gente non sancta..

El libro de *Las Valencianas* no tiene fecha, pero no parece difícil fijarla en vista de esta alusión á las murmuraciones contra Gonzalo; y á otra que más adelante hay al Papa Julio II y á su lucha con los cismáticos del conciliábulo de Pisa (estrofa 261). El poema hubo de componerse, pues, entre 1510, en que comenzó el cisma, y 1515, en que falleció en Granada el conquistador de Nápoles.

Hay otro poema del mismo género y del mismo metro que el de Narváez, aunque muy inferior á él en todo, si bien digno de aprecio no sólo por su extremada rareza, sino por el gran número de noticias históricas que contiene. Titúlase *La vida y la muerte*, y al fin dice: «*Esta obra fué impresa en la muy Leal y inclita ciudad de Salamanca por Maestre Hans Gysser, aleman, en presencia del mesmo Padre fray Francisco Dávila que la compuso; y fué personal corrector della. Acabóse vispera del glorioso Evangelista San Lucas en el año de la Encarnacion de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos y ocho años. Gubernante la silla apostólica el Papa Felicísimo Julio Secundo, y á Castilla el inclito*

Parthenope, impreso por primera vez en 1506, tiene más curiosidad histórica que poética; pero así y todo, vale infinitamente más que los dos únicos poemas castellanos del mismo asunto, que por el momento recuerdo. Uno de estos poemas, el más moderno, la *Neapoli-sea* (1651), de Trillo y Figueroa, poeta gallego recria-

Rey D. Fernando con la Ilma. Sra. Doña Juana, su hija, natural Reina de Castilla: 4.º gót., 109 pp. ds. y 4 de principios. Descripción y extractado largamente por Gallardo.

Después de la tabla empieza en el folio 5.º la *Altercacion, pleito y disputa, rencilla é cuestion contra la muerte: del reverendo padre fray Francisco de Avila, de la observancia de los menores*, encabezada con dos epístolas *comendaticias y exhortativas* del autor al Cardenal Cisneros, una en prosa y otra en verso. En la primera declara así la intención de su obra: «El subjecto deste libelo toca tan universalmente á todos, que á vuestra prudentísima reverencia podrá ser asaz sabroso y provechoso. En esta obra, habida principal ocasion de litigar, disputar y altercar con la muerte, se tocará el rigor del juicio universal, de muerte eterna, de la vera felicidad en la vida beata; y señaladamente se hará mencion de muchas ilustres, insignes, famosas é nobles personas, así en estado como en armas y letras, é así buenos é santos, como malos é profanos, que la muerte ha llevado en diversos tiempos y edades, en varias tierras é naciones, é por diversas maneras; muy en especial se hará breve memoria é compendioso sumario de algunas muy esclarecidas y grandes personas, notables, escogidos y nobles varones destos reinos, que en pocos tiempos pasados en nuestros dias han fallecido: porque sean puestos por notorio exemplo, cercano y claro espejo á nuestros serenísimos y magníficos reyes, á los grandes eclesiásticos ó seculares señores, á los caballeros, á los letrados, á los ministros de justicia, á otros ministros, oficiales y curiales de su curia prosperada; y en ella é fuera de ella á todas otras personas, grandes ó pequeñas, de todos estados... E sin duda que los que fueren sabios y cautos lectores, si con atencion ocupasen el tiempo en leer hasta el fin en paso á paso, de día en día este tractado, ternán salubérrimo, honesto y jocundo pasatiempo.... Va, señor prudentísimo, la obra en metro, y no en prosa, porque el verso (á juicio de los que bien sienten y son dél capaces) es mas sentencioso,

do en Granada, nada sirve para la historia, como lo indica ya su fecha tan remota de la de Gonzalo de Córdoba, y nada vale poéticamente, puesto que Trillo y Figueroa, ingenioso y ameno en las burlas, cultivador feliz de la poesía ligera, hasta confundirse á veces con Góngora el Bueno, resulta, cuando quiere embocar la

«compendioso, sabroso y apacible, más vivo, más atractivo, de más sotleza, de más lindeza, de más eficacia, de más audacia, de más incitacion, de más impresion y perpetuidad para quedar más añjado en la memoria de los lectores.»

El poema da principio, según la inevitable rutina de los malos imitadores de Dante:

Yendo por alta ribera
De muy estrecho camino.
Con lluvia que recreciera
Tempestad y torbellino,
Vi semblante mortecino
De tan terrible pavor,
Que dije con un temblor:
¡Ay de mí, qué desatino...!

Se encuentra, en efecto, nada menos que con la Muerte, á quien «como denodado agresor reciamente la acomete, acusándola, increpándola y vituperándola por sus terribles crueldades y fieros atrevimientos». La Muerte le contesta con no menor furia, hasta que sobreviene San Buenaventura, que pone en paz á los contendientes, y da como árbitro la sentencia, comenzando por describir el juicio final, las penas del infierno y la gloria del cielo. La Muerte hace un interminable catálogo de las gentes notables que ha matado, comenzando por los personajes bíblicos y los de la historia antigua; pero extendiéndose mucho más en los de su tiempo. Hay muchas estrofas compuestas enteramente de apellidos. En esta ridícula letanía se encuentran, sin embargo, especies curiosas, por ejemplo, el entusiasta elogio de Fray Hernando de Talavera, y la enumeración de los principales teólogos, canonistas, letrados, astrólogos, físicos, médicos, poetas, etc., de su tiempo. Entre éstos cita á Gómez Manrique y á *D. Jorge galan*, á Guevara, á Cartagena, á Diego de S. Pedro, á Juan de la Encina, á Mosén Diego de Valera, y más especialmente á los franciscanos Mendoza y Montesino:

Cayó también en mi choza
El sutil componedor

trompa épica, uno de los más furibundos, enfáticos y pedantes secuaces de Góngora el Malo, sin ningún acierto que compense sus innumerables desvaríos.

La *Historia Parthenopea* del sevillano Alonso Hernández, libro raro, aunque bastante conocido y citado por nuestros eruditos, tiene siquiera la ventaja de estar escrita con más llaneza; y la ventaja todavía mayor de ser obra de un contemporáneo, que pudo reco-

Fray Inigo de Mendoza,
Muy alto predicador,
Muy gracioso decidor,
De trovadores monarca,
De profundos dichos arca
Y minero de dulzor...

.....
Yo seré muy triunfante
D'aquel poeta lozano,
Orador muy elegante
En el metro castellano,
Gran pregonero cristiano
Del Sacro Verbo divino,
Fray Ambrosio Montesino,
Tradutor del Cartujano.

Sirve, entre otras cosas, este catálogo para probar que en 1508 había fallecido ya Fray Inigo de Mendoza, de quien se tienen tan pocas noticias. Cita también á un músico, Lope de Baena:

Tovimos á nuestra vista
Un artista tañedor,
Muy subido citarista,
De tañedores primor.
Fué su músico dulzor
Que quitaba toda pena,
Y era Lope de Baena
Muy sutil componedor.

Es curioso el elogio de Antonio de Nebrija:

Con doctrina muy prolija
Nuestras tierras embotadas,
Por el famoso Lebrija
Quedaron acecaladas:
Son las gentes alumbradas
De su ciega grosería:
Ya no hablan *barbaria*
Mas razones acordadas.

Entre las mujeres doctas menciona á *Galinda la latina* (Doña Beatriz Galindo), y á *la Sepúlveda*, «*doncella muy sabidora*».

ger la tradición viva y la impresión directa que había dejado el gran caudillo en los ánimos de los españoles á quienes hizo árbitros de Italia, y cuyo espíritu militar formó y educó para más de una centuria. Y aunque el monumento no sea, ni con mucho, digno de su gloria, hay que reconocer lo sincero de la admiración que el poeta sentía por su héroe, y que da valor á su testimonio, muy distinto del entusiasmo puramente retórico de Trillo y Figueroa ó de cualquier otro zurcidor de cantos épicos, de los que han sido en todos tiempos plaga de nuestra literatura. Hernández declara que emprendió el trabajo de la *Parthenopea* por contentamiento propio, y «porque le parecía cualquier hombre que fuese hispano eternamente obligado al nombre y memoria deste excellentissimo caballero.» Y añade con cierta solemnidad de estilo, mayor que la que suele emplear en sus versos: «¿Quién es aquel que n'el campo de las cosas gloriosas de un tan excelente capitán le deva ó pueda falleter eloquencia, y quién es tan sordo á cuias orejas no haya venido, no digo la fama de sus hechos, mas aun el *clásico* y sublime son de las trombas; y quién es de tan gastado ánimo que amando letras y siguiéndolas, pueda so tiniebra nocturna sus cosas traspasar syn ser notado de ingrato y de ánimo corrupto y extremadamente muy envidioso: el qual con su propia virtud ha sobrado, desterrado, submerso y vencido toda forma de la »Ynvidia?»

A este, pues, «*lucero de España que el Lacio ha alumbrado*», á éste de quien con verdad pudo decirse:

Agora ya el mundo ha cierto sabido
Que fuerzas potentes del gran Occidente,
De hispanos, yo digo, d'España y su gente
A fuerzas francesas las han sometido...

quiso celebrar con dotes bien desproporcionadas á su intento el protonotario apostólico Alonso Hernández, de quien no tenemos más noticias que las que constan

en su libro; es á saber: que era natural de Sevilla, que vivió muchos años en Roma, y que obtuvo especial protección del célebre y turbulento cardenal de Santa Cruz, D. Bernardino Carvajal, alma que fué del concilio ó conciliábulo de Pisa. A Carvajal habian debido Hernández y otros muchos compatriotas suyos el salvar la vida en el tumulto y la persecución que se levantaron en Roma contra los españoles después del fallecimiento de Alejandro VI,

Que hizo la nuestra hispana nacion
Al mundo odiosa, qual nunca se viera...

La casa del Cardenal de Santa Cruz se vió convertida entonces en *hospicio de hispanos*:

Tu casa fué el arca donde han escapado
 Toda nobleza de gente de España,
 Segun el gran odio, rencor y gran saña
 Que tanta Alexandre nos ovo dexado...

Carvajal tuvo mucha parte en que Alonso Hernández se resolviese á emprender la labor de la *Historia Parthenopea* y de otros «diversos tractados de varias cosas no despreciables», que se proponía publicar bajo sus auspicios, y entre los cuales enumera una *Vita Christi*, doce libros de la esperanza, doce de la justicia, ocho de la educación del príncipe, y los *Siete triunfos de las siete virtudes*, que probablemente serian algún poema alegórico á imitación de los *Triunfos* del Petrarca. Todo esto se ha perdido, y la pérdida no parece grande, á juzgar por la poca novedad de las materias que los títulos anuncian, y por el exiguo precio que el gusto menos exigente puede conceder á la *Parthenopea*. De ella hizo el autor presente al Cardenal, en un prólogo lleno de pedantescas y graciosas metáforas: «Los »quales libelos, illustrissimo Príncipe, como fresco y »maduro parto y qual niños antes de su tiempo devido del útero materno lanzados, los dó y presento á la »ynstrucción de tu preclarissimo gimnasio, porque de

»ally bien educados, del sacro y salutifero (*sic*) leche »de la fuente de tu sapiencia bien limados y corregidos, después vestidos y ornados del tu vestuario y »del lugar do tus preciosas cosas son repuestas, den »al mundo illustre espectáculo del triumpho hispano.»

No llegó Alonso Hernández á ver salir su libro de las prensas romanas de *Maestre Stephano Guillen de Lorenno*, donde se acabó de estampar á 18 de Septiembre de 1516. En una advertencia puesta al fin de la obra, nos informa su amigo Luis de Gibráleón, clérigo residente en Nápoles, que «por haber seydo el autor privado de la presente vida antes que acabar pudiese de bien limar y bien pulir su elocuente poema, »el trasladador no sin *muncha* dificultad pudo sacar á »luz el presente tratado, asy por la ya dicha causa como »por haver *munchas* partes y consonancias de lengua »ytaliana mistas con los presentes versos: á causa del »largo uso que el poeta en aquella tenia». A nombre de este Gibráleón está dado el privilegio de León X para la impresión, y por eso algunos, y entre ellos el mismo Gallardo, le han creído equivocadamente autor del poema, de que no fué más que editor y copista, ó *tresladador*, como él dice, quizá á título de albacea de su paisano Alonso Hernández.

Compuesta la *Historia Parthenopea* en los primeros años del siglo XVI, pertenece todavía, por el gusto y por el metro, á la escuela del siglo anterior. Es un poema medio histórico, medio alegórico, en estancias de arte mayor, una deliberada imitación de las *Trescientas* de Juan de Mena, como casi todos los poemas de que en este capítulo venimos dando cuenta. Pero Diego Guillén de Avila, y, sobre todo, el autor de los *Doce triunfos de los doce Apóstoles*, tenían brios poéticos muy superiores á los del misero Alonso Hernández, cuya *Historia Parthenopea* nadie se atreverá á contar sino entre las obras más infimas de su género. Para colmo de desgracia está llena de italianismos, que desfiguran no sólo la construcción, sino hasta lo

material de las palabras, dando al libro catadura extranjeriza, como de autor mal versado en la lengua castellana, y eso que él se preciaba de haberse «esforzado» con la profundidad de los sesos interiores y con los «nervos de las cosas grandes de alzar y expolir la lengua de la hispana musa».

Salvo las visiones y la máquina mitológica, todo lo que en este poema se contiene es materia rigurosamente histórica, que el autor de ningún modo podía alterar tratándose de acontecimientos contemporáneos y tan famosos. Se encontró, pues, según él propio ingenuamente refiere, en un conflicto entre la historia y la poesía: «Sy en el poema el hombre narra simplemente las cosas hechas, sale fuera de los floridos quicios de aquél: y sy cuenta la verdad de las cosas hechas, con coberturas y con las figuras y cosas poéticas, privase la fe de la verdad de la cosa.»

Para salir de tal atolladero (en que iban á caer sucesivamente todos los autores de poemas épico-históricos que en tan deplorable abundancia produjo aquella centuria) discurrió, por una parte, atenerse «á la simplicidad de la historia, no añadiendo ni faltando, según que he podido lo cierto della saber»; y por otra, como «á un tan excelente capitán, qual es el de la perfección de la gloria suya, se requiere carro triumphal, paludamentos y trabeas... apagar al menos la sed de las sitibundas musas, á las quales veía estar muy tristes y malencónicas, y de mi no poco quexosas sy por la parte dellas no se dava el mérito triumpho al nuevo bético Cipión invencible.»

Es de suponer que las Musas se quedasen tan sitibundas, tristes y malencónicas como antes; puesto que todo el gasto de invención que al poeta se le ocurrió, fué resucitar al cantor Demodoco de la *Odisea* para hacerle referir á Ulises la conquista de Nápoles. Con esto, y una aparición de Palas Atenea á los Reyes Católicos, y una desconcertada imitación del libro I de la *Eneida*, haciendo que Eolo, á ruego de Neptuno y de

las ninfas marinas, presididas por Galatea, levante furiosa tempestad contra las naves del Gran Capitan y las ponga á punto de anegarse; y un viaje todavía más disparatado que por el reino de Nápoles emprende Mercurio, hospedándose, como personaje de tanta cuenta, en casa de la Duquesa de Milán, y siendo obsequiado por el duque de Calabria con un juego de cañas: con estos, digo, y otros tales episodios quiso amenizar la narración histórica, para que las Musas no se pudieran «lamentar de la subtraction ó privación de sus varias y místicas dulcesas y tan floridos ornamentos suyos.»

Pero dejando aparte lo literario del poema, que es pésimo sin duda aun entre los de su clase; su interés para la historia es innegable, no precisamente porque contenga hechos nuevos ni porque añada muchas circunstancias á los conocidos, sino porque siempre el testimonio de los coetáneos, por ruda y torpemente formulado que esté, tiene cierta viveza y frescura que no puede encontrarse en las relaciones escritas á larga distancia de los sucesos. Así son de notar el espíritu patriótico del autor de la *Historia Parthenopea*, el noble entusiasmo que sentía por las glorias de su nación, y especialmente por las del gran estratego del Renacimiento, que en Ceriñola y en el Garellano había fijado para más de un siglo la rueda del predominio militar de España. Por eso, exclama el poeta, dirigiéndose á los Reyes Católicos:

Desque las Españas han sido perdidas
Jamás fueron Reyes que os sean iguales,
Ny tal lealtad con sus naturales,
Y aquestas son cosas del Alto tejidas.

Verso bueno, por excepción, éste último, y en que la grandeza de la misión histórica de España parece haberse mostrado como en iluminación súbita á los ojos del desmayado rimador, favoreciéndole con una ráfaga de poesía.

Otras hay, sin embargo, aunque no muy frecuentes. Sobre todo es curioso y tiene algunos toques felices el retrato de los españoles puestos en contraposición con sus enemigos los franceses. Como muestras interesantes de narración pueden citarse el desafío de Barletta, la rendición de Tarento, la defensa de la isla de Ischia y el asalto de la abadía de Monte Cassino, con el curioso episodio de las reliquias y el tesoro salvados de la rapacidad de la soldadesca por García de Lisón.

No fueron éstos los únicos versificadores que intentaron transmitir á los venideros la noticia de los grandes sucesos de aquella edad, aunque preciándose más de cronistas que de poetas. Consta, por ejemplo, que un Hernando de Rivera, vecino de Baza, escribió la guerra de Granada en metro, con tal puntualidad y tan poco artificio retórico como parece acreditarlo el testimonio del Doctor Galíndez de Carvajal (1), fundado nada menos que en el del Rey D. Fernando: «Y en la verdad, según muchas veces yo oí al Rey Católico, aquello decía él que era lo cierto; porque en pasando algún hecho ó acto digno de escribir lo po-

(1) *Historia parthenopea dirigida al Illu- / strissimo y muy reverendissimo Señor / don bernaldino de caravajal Cardenal de santa Cruz cõpuesta por el muy / eloquente varon alonso hernãdes cle- / rigo ispalensis prothonotario de la san- / ta Sede apostolica dedicada en loor del / Illustrissimo Señor don gonçalo her- / nãdes de cordova duque de terra- / nova gran Capitan de los muy altos Reyes de spaña.*

Al fin / Impreso en Roma por Maestre stephano Guillen de lo / Reño año de nuestro Redentor de Mill y quinientos XVI / á los diez y ocho de Setiembre. Fól. 4 hojas preliminares y 102 de texto.

El erudito napolitano Benedetto Croce, tan benemérito de nuestras leiras, ha publicado primero en el *Archivo Storico per le Provincia Napoletane* (año 19, fascic. III), y luego en tirada aparte de cien ejemplares, un curioso estudio sobre la *Historia Parthenopea*, que lleva por título *Di un poema spagnuolo sincrono, intorno alle imprese del Gran Capitano nel Regno di Napoli.*

»nia en coplas y se leía á la mesa de Su Alteza, don- »de estaban los que en lo hacer se habían hallado, é »lo aprobaban ó corregían, según en la verdad había »pasado» (1).

Un poema escrito de tal suerte no podía ser más que una crónica rimada (cuya pérdida en tal concepto de crónica es muy de lamentar), ni merecen otro nombre las demás composiciones históricas de este reinado, por ejemplo, la *Obra hecha por Hernán Vázquez de Tapia*, describiendo las fiestas que se hicieron en Santander con motivo de la llegada á aquel puerto de la princesa Doña Margarita de Flandes, hija del emperador Maximiliano; los desposorios verificados en Villasevil; el recibimiento que Burgos hizo á los príncipes, su paso por Valladolid, Medina y Salamanca, y, finalmente, la muerte del príncipe D. Juan, acaecida en aquel mismo año de 1497: narrado todo ello en ciento dos coplas de arte mayor, sin ningún género de entonación poética (2).

Faltó, pues, cantor digno á los grandes sucesos de este reinado, y tampoco pueden subsanar esta falta los ensayos retóricos de algunos humanistas italianos

(1) *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos (Documentos Inéditos para la Historia de España, tomo XVIII, página 227 y siguientes).*

(2) *Obra hecha por Hernando Vazquez de Tapia escribiendo en summa algo de las fiestas y recebimiento que se hicieron al tiempo que la muy esclarecida y excelente Princesa nuestra Señora Doña Margarita de Flandes, hija del Emperador Maximiliano, desembarcó en la villa de Santander: y assi mismo de como fué festejada del Señor Condestable de Castilla: y de como vinieron el Rey y Principe nuestros Señores á su alteza: y de como el Reverendissimo señor Patriarca en un lugar que se dice Villasevil tomó las manos al Principe y Princesa nuestros Señores: y de como llegaron todos juntamente sabado de Ramos (19 Marzo 1497) á la Ciudad de Burgos, adonde los Principes nuestros Señores fueron suntuosamente recebidos. En Sevilla, por Meinardo Ungut, alemán, y Lanzalao Polono, 1497.*

como Pablo Pompilio y los dos Verardis (Carlos y Marcelino), cuyos poemas latinos, no sólo épicos, sino dramáticos, sólo sirven para atestiguar el asombro que en la capital del mundo cristiano causó el súbito engrandecimiento de España (1).

(1) Aludo al *Panegyris de Triumpho Granatensi* de Pablo Pompilio, romano, que comienza:

Nunc age, Musa, tubam majoris suscipe cantus...

y fué impreso en Roma, 1495, por Eucharío Sylber, alias Franck, juntamente con otras composiciones latinas del autor. De los Verardis, tenemos el célebre y raro libro que se titula:

Caroli Verardi, Caesenatis, Cubicularii Pontificii, Historia Baetica, seu de expugnatione Granatae a Ferdinando Catholico et Hellisabet, Hispaniarum Regibus. Marcellini Verardi, Elegia et Carmina nonnulla. Ejusdem Fernandus Servatus. Impressum Romae per Magistrum Eucharium Sylber, alias Franck, 1493.

Tanto la *Historia Baetica* como el *Fernandus Servatus* son piezas dramáticas, exornadas de coros á la manera antigua, y fueron representadas en Roma.

Entre las poesías sueltas de Marcelino Verardi hay también una *Exhortatio ad poetas, ut triumphum de hoste Mauro ab Hispaniarum Principibus subacto, litteris mandent* y una *Elegia quâ fides Fernando et Hellisabet gratias agit, quod eorum opera Maurorum catenis fuerit liberata.*

Después de la suscripción hay una canción italiana, con la música notada y grabada en madera.

El cuerpo ó colección general de las obras de los poetas menores del tiempo de los Reyes Católicos es el *Cancionero general* de Hernando del Castillo en su primera edición de 1511, pues aunque un pequeño número de las piezas contenidas en ella son de trovadores más antiguos, tales como Juan Rodríguez del Padrón, Juan de Mena, Lope de Stúñiga, Fernán Pérez de Guzmán y el Marqués de Santillana, y de otros que más bien corresponden al reinado de Enrique IV, tales como Gómez Manrique, Diego de Burgos, Pero Guillén de Segovia, Antón de Montoro y Juan Alvarez Gato, puede decirse que todos los restantes, hasta completar el crecido número de 138 que abraza el *Cancionero*, sin contar con los anónimos, son poetas del tiempo de la Reina Católica, circunstancia que no siempre se ha tenido en cuenta para clasificar sus versos, y que ha producido graves confusiones cronológicas en la historia de la lírica del siglo xv.

Siendo de todo punto imposible, y además inútil, ó por mejor decir absurdo, el examen analítico de todos estos versificadores, en gran parte débiles y amanerados, limitaremos nuestra tarea á los diez ó doce que, ó por haber logrado más celebridad, ó por tener mérito más positivo ya en una sola composición, ya en varias, ó finalmente por alguna singular circunstancia de su persona ó de su vida, merecen campear aparte, y salir de la turba en que andan confundidos.